

## TRES NOVELAS NEGRAS HISPANOAMERICANAS

La temática negra, a pesar de su descuido histórico, no es un fenómeno nuevo en la literatura hispanoamericana. Sus antecedentes se remontan al pasado colonial, pero su carácter fue más o menos cronístico y fragmentario. Los temas negros aumentaron visiblemente en la época moderna, sobre todo, desde los tiempos de la Independencia. Entonces, en la escena literaria aparecieron todos los sectores de la sociedad multirracial de Hispanoamérica y, con ellos, los negros. Los propulsores del tema negro en el siglo XIX fueron mayormente los escritores criollos y mestizos, pero no faltaron unos negros como el poeta colombiano Candelario Obeso. Se acreditan a la pluma de aquéllos algunas novelas antiesclavistas, como *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y *Francisco* (1880), de Anselmo Suárez y Romero. Alrededor de la temática negra, parcial o totalmente, giran también las novelas *Cecilia Valdés* (1839), de Cirilo Villaverde, y *María* (1867), de Jorge Isaacs.

A medida que crece la conciencia social hispanoamericana en el siglo XX, el tema negro gana en importancia literaria. Los escritores que lo propugnan, descubren en él los valores humanos, folklóricos y mágicos. Los iniciadores criollos o mestizos de este tipo de la novela negra moderna son Demetrio Aguilera Malta, con su *Don Goyo* (1933); Alejo Carpentier, con su *Ecué-Yamba-O* (1933); Bernardo Arias Trujillo, con su *Risaralda* (1935), y Rómulo Gallegos, con su *Pobre negro* (1937). El impacto de estas obras es, al parecer, cronológicamente significativo, ya que pronto surge un grupo de autores afrohispanoamericanos que se dedican a la misma temática con redoblado interés y mayor conciencia racial. Aunque es difícil comprobar hasta qué grado los saturaron ideológicamente los escritores mestizos, no cabe duda que mucho aliento les proporcionó la novela indigenista, ya muy desarrollada entonces en México, Bolivia, Ecuador y Perú. ¿Por qué sugerimos esta idea? Porque dicha narrativa indige-

nista llevaba la antorcha de protesta social contra los abusos raciales, a los cuales estaban sometidos los indios. Es lógico, pues, que los autores afrohispanoamericanos escogieran tan favorable «clima» intelectual, para exponer la causa negra en el foro literario. Los negros siguen, pues, la misma suerte que los indios. Tal nexo ideológico negro-indigenista lo confirmaron varios escritores negrohispánicoamericanos, entrevistados por el autor de estas líneas.

Las décadas de 1940 y 1950 son importantes como primicias de la novelística negra moderna, cultivada por los autores afrohispanoamericanos. Entre ellos hallamos nombres como el dominicano Ramón Marrero Arista, los ecuatorianos Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass, los colombianos Manuel Zapata Olivella y Arnoldo Palacio Mosquera, los venezolanos Juan Pablo Sojo y Ramón Díaz Sánchez, y el puertorriqueño Enrique A. Laguerre, aun cuando las novelas de éste abarquen los asuntos social-reformistas más bien que los meramente raciales. Los mencionados novelistas afrohispanoamericanos se mueven dentro del mundo multirracial de sus respectivos ambientes con soltura, pero enfocan principalmente lo negro. Quizá de ahí se haya originado el adjetivo «negrista» con que algunos escritores negros caracterizan su novela. Es un nombre de ninguna manera peyorativo, aunque difícil de encontrar en el Diccionario de la Academia Española. Cultivando la novela regional-costumbrista, la enriquecen con elementos que no siempre estaban suficientemente tratados por otros autores. Además, tienen la gran ventaja de poder penetrar mejor en la idiosincrasia negra, con la cual están ligados por la sangre. Ello les da un sello de autenticidad, en contraposición a otros escritores, para quienes los móviles negros constituyen todavía un misterio psicológico.

El propósito de este trabajo es discutir tres novelas negristas hispanoamericanas: *Juyungo* (1942), del ecuatoriano Adalberto Ortiz; *Nochebuena negra* (1943), del venezolano Juan Pablo Sojo, y *Tierra mojada* (1947), del colombiano Manuel Zapata Olivella. Desde el punto de vista anecdótico y costumbrista, las tres novelas acusan mucha semejanza. También en su exposición ideológica respecto a la comunión étnica, cuyos sentimientos llevan el nombre de *negrismo* o *afroamericanismo*. Sin embargo, lo que llama la atención del lector es la originalidad interpretativa que cada uno de estos autores asume hacia el problema racial y sus variadas ramificaciones étnico-psicológicas. No pocas diferencias se notan también en la postura individual de cada escritor hacia el *mundo blanco*, o sea, *criollo*, debido a su predominante impacto económico-social, así como hacia el *ambiente mestizo*, que prevalece étnica y culturalmente en Hispanoamérica. Así, en todas estas obras, de primordial importancia son las relaciones interraciales.

*Juyungo* es, al parecer, la primerísima novela negrista hispanoamericana, por cuya razón y por sus méritos literarios, Ortiz recibió el premio nacional ecuatoriano. Es una narración triste. El nombre de Juyungo le dan los indios cayapa a sus vecinos negros de una manera despectiva, ya que los odian y temen a la vez. Este nombre se le apegó a un joven negro, Ascensión Lastre, dándosele no los cayapas sino su rival Cocambo, a quien Ascensión venció en una lucha a puño. Más que un insignificante choque entre dos hombres dotados de una fuerza atlética, es un conflicto dentro de la misma raza con sus desagradables repercusiones de la desunión negra. *Juyungo* es una biografía novelada de Lastre a través de sus aventuras y pasiones nunca reprimidas, que le hacen antihéroe más bien que héroe. La vida de Lastre no fue fácil, porque desde niño sufrió hambre. Su madrastra zamba le alimentó con sapos, iguanas y culebras cocidas con pocas legumbres, mientras que su padre sufrió de un mal tropical llamado pian. Por pereza, su padre nunca plantó ni siquiera un colino de plátano y, por eso, el chico siempre tuvo que buscar para la comida raíces de unas plantas silvestres. Hambriento y sin haber sido bautizado, Lastre se fugó de la casa, juntándose a unos contrabandistas.

Pasó su mocedad entre los indios cayapa y conoció sus extrañas costumbres y supersticiones, cultivadas, en parte, con la ayuda de un brujo-curandero llamado Tripa Dulce. Lastre descubrió que el brujo era un negro listo, cuya magia le parecía patrañas. Tripa Dulce supo, empero, aprovecharse de los regalos indígenas de la misma manera que Lastre del amor de una indiecita. Después se juntó a un vendedor ambulante negro, Manuel Remberto, convirtiéndose luego en cortador de madera. En esta ocupación experimentó las trampas comerciales de unos italianos, lo cual le infundió rabia contra los «blancos». Es el origen de su odio racial. En sus andanzas posteriores dio con una maestra rural negra, Afrodina Cuabú. Atraído por su belleza, la poseyó no sin dificultades. Pero como Lastre no podía darle nada sin hacerle perder su empleo, decidieron partir. Era un hombre sin oficio ni beneficio.

En la vida de Lastre se notan, empero, unos cambios. Este joven Hércules de ébano es consciente de su fuerza física y le empiezan a emocionar los relatos heroicos, sobre todo el heroísmo de su tío el comandante Lastre, quien fue matado en la sublevación de 1914 por los «blancos». Esto le acrecenta la voluntad de venganza sobre ellos. La oportunidad se le ofreció en la aldea de Santo Domingo, donde vivía María de los Angeles Caicedo. Era una joven blanca, fea y flaca, abandonada por su marido. Lastre deseaba a esta mujer, porque era criolla, «con una voluntad de humillarla sexualmente». Logrado su propósito, se sorprendió cuando María,

atraída por Lastre, le pidió que se la llevara. Desde entonces, aquella mujer se convirtió en su conviviente, siguiendo fielmente todos los pasos de su vida. Tal convivencia causa, empero, el ablandamiento de sus sentimientos raciales, ya que Lastre retuvo el odio sólo contra aquellos criollos, que le explotaban a él y a los hermanos de su raza negra.

El complejo que Lastre sufre es la vanidad de sus músculos, que le hace sentirse superior a los demás. De eso no hay que extrañarse, porque fue un hombre sencillo y cegado por sus pasiones. Quizá lo irónico fue que se le diera el apodo injustificado de Juyungo, cuando Lastre sentía simpatía por los indios y hasta los defendía de los abusos de otros negros. Con las desventajas de su mentalidad simplista y rebelde, supo, empero, con la ayuda de María, estabilizar su vehemente vida. Fue susceptible a las constructivas conversaciones de sus compañeros mulatos y zambos. Las experiencias amargas de su propia vida le convencieron de la necesidad de cooperación comunitaria. De ello nació su sentido de camaradería y la solidaridad racial, aun cuando haya tenido que resignarse a lo poco que produjo su trabajo manual. Los breves momentos felices que Lastre sintió fueron las alegres fiestas con la música de *marimba* y mucho alcohol.

La verdadera tragedia de Lastre culmina con la muerte de su hijo mulato, que tuvo con María de los Angeles en la isla de Pepedán. Dicha isla fue vendida por su dueño criollo, Valdez, a un empresario alemán, Hans. Pero, como los negros que la ocupaban temporalmente se opusieron a su evacuación, Cocambo, como secuaz de Hans, incendió la finca. En ella se quemó el hijo de Lastre, dejado por su madre en una hamaca. El furibundo padre se vengó descuartizando a Hans y Cocambo, mientras María, sintiendo la culpa, enloqueció. La dramática vida de Lastre termina durante la invasión peruana del Ecuador en 1941. El temible negro de Esmeraldas, para conseguir carne para sus hambrientos compañeros de lucha, se lanzó con el machete contra las ametralladoras peruanas bajo la sombra de la noche. Perekó inútilmente. ¿Lo hizo por patriotismo —que confundía con el grito de guerra de su sargento mestizo—, o para satisfacer su subconsciente anhelo heroico que a veces encendía su vida?

Ortiz maneja los asuntos raciales con relativa moderación. Uno de sus protagonistas, al discutir las desigualdades socioeconómicas, nota que éstas no son sólo privilegio de los pobres. Según él, «hay algunos morenos que tienen plata y blancos que no tienen nada», aun cuando mayormente lo contrario sea verdad. Quizá a ello se debe una variedad de sentimientos raciales hallados en la novela, los cuales, a veces, se dirigen contra una determinada clase social más bien que contra una raza. Pero no faltan los casos contrarios. Ortiz no oculta los prejuicios que existen entre los mismos

negros, para quienes el color y el dinero son, a menudo, elementos básicos en las consideraciones interracialistas. Así, un mulato se queja de que preferiría ser o un blanco entero o un negro de verdad, ya que «la vida entre dos aguas es dura». Tampoco es feliz la vida de zambo, que oscila entre lo indígena y lo negro. Otro interlocutor de la novela culpa a la cultura occidental de las inquietudes raciales, que por medio del cine impuso al negro el arquetipo de la beldad blanca. «El choque brutal entre esa ficción y la realidad nos hace polvo el espíritu», confiesa con mucha amargura un zambo españolizado.

*Juyungo*, aparte de ser una novela costumbrista y de aventuras, es, pues, también un estudio psicológico. El folklore negro e indígena están presentados de una manera magistral. El hilo novelístico es vivo, pero las actuaciones humanas y animales en esta novela se caracterizan por una sencilla, casi plácida, tragicidad, según lo anota acertadamente Benjamín Carrión. A nuestro parecer, es una virtud literaria. La placidez descriptiva de Ortiz desaparece, empero, y lo consideramos natural, cuando el autor trata de las pasiones humanas. El estilo de Ortiz es liso y lírico. El frecuente uso del léxico provincial de Esmeraldas, donde se desenvuelve aquel drama negro, le proporciona a la obra un sabor localista. El mensaje de Ortiz traspasa, empero, las fronteras nacionales del Ecuador. Es un mensaje humano y universal.

Más folklórica que *Juyungo* es la novela *Nochebuena negra* de Juan Pablo Sojo. Más que una novela es una colección de cuentos sobre varios personajes. Sus actividades giran alrededor de los cacaotales venezolanos de la hacienda Pozo Frío y están unidas por la historia de sus propietarios. De ella supimos que el criollo Gisberto Sarabia, el propietario de Pozo Frío, logró su fortuna por haberse casado con la hija de su antigua patrona negra, Pilar. Pilar era hermana de Crisanto Marasma, quien, con Sarabia, trabajaba en la hacienda como empleado. Cuando la esposa mulata de Sarabia murió, éste extendió su propiedad y se mudó a Caracas. Compró también algunos cacaotales de Crisanto y le dejó el manejo de la hacienda. Pero como Crisanto era negro, Sarabia le redujo después a un simple mayordomo, mandando como administrador a su pariente blanco Luis Pantoja.

Así, la antigua fortuna negra de los Marasma cayó en las manos criollas, con un nuevo administrador que pagaba cada vez menos a los jornaleros de ébano. Sus quejas no traían resultado y el abuso laboral se convirtió en algo a la orden del día. Los jornaleros se resentían de Pantoja pero le tenían miedo, porque fue representante del patrón blanco, que desde la capital hacía en Pozo Frío lo que le daba la gana. Más amistosa hacia los

peones era la hermana del hacendado, doña Marta Sarabia de Grünlow, viuda de un alemán. Esta dama visitaba de vez en cuando la hacienda, y como persona caritativa y religiosa, compadecía el olvido de los labradores en el lejano interior venezolano. Durante tales ocasiones organizaba el bautismo de los niños, regalaba medallas y arreglaba los matrimonios de las parejas que vivían juntos desde hacía años. Estas ceremonias con un cura invitado, gozaban de acogimiento porque eran seguidas de fiestas para toda la comunidad negra. La música, viandas y licores eran costeados por la hacienda, contribuyendo a la alegría de todos.

La mayor desgracia la padeció Crisanto Marasma, a quien, como pariente, prometió una finca, pero fue una mentira. Su mujer le abandonó por otro hombre, dejando a Crisanto ya envejecido con dos hijos: Pedro y Deogracia. Mientras éste se marchó a Caracas, Deogracia se convirtió en sirvienta del nuevo administrador, atraído por su belleza. Pedro era inteligente y tenía una voz hermosa para el canto, por cuya causa se enamoró de él la sobrina de Sarabia. El joven negro la rechazó, empero, viendo en la bella rubia el símbolo de la opresión criolla de los campesinos negros. Mala suerte sufrieron los pequeños propietarios negros al vender sus tierras a Sarabia y sus vecinos, porque se convertían luego en peones de sus antiguas posesiones. La ignorancia de los minifundistas de ébano y la avaricia criolla de los latifundistas eran extraños aliados. Había también despojos de tierra y robos de ganado, semejantes a los descritos en *Doña Bárbara*, de Gallegos. No faltaban tampoco los casos de magia y supersticiones negras, que les hacían perder sus bienes, creyéndose que tales manipulaciones estaban inspiradas por los terratenientes maliciosos.

Entre los cuadros folklóricos de Sojo, lo más interesante y pintoresco son las descripciones de las fiestas. La música de los tambores, las canciones y los bailes provocaban en los participantes una sensualidad extraordinaria y una exasperación erótica. Sobre todo, el sonido de los tambores los transformaba en otros seres. Parecía como si el apaciguamiento temporal de los abusos y las desgracias cotidianas, hallaran entonces salida en su alegría y provocación sexual. Los celos por la mujer preferida y aun las sangrientas escaramuzas con machetes agitaban el orgullo de los «machos». Tal rasgo puede ser tanto de origen peninsular como africano, pero es difícil determinarlo debido a la fusión civilizadora hispano-negra del pasado. Los bailes que gozaban de popularidad especial eran el *furruco* y el *macán*, ya que su ritmo provocaba soplos eróticos entre los bailarines. Entre las fiestas negras la más alegre es la noche buena de San Juan, celebrada el 24 de junio, y cuyo nombre Sojo escogió para el título de su narración.

Según Sojo, la comunidad negra de Pozo Frío, alejada de la civilización mestiza, vivía en su propio mundo. Este estaba lleno de magia, superstición, preocupaciones de pequeño alcance y de mucha ingenuidad, también de fidelidad hacia el prójimo, satisfacción momentánea de lo logrado y de resignación con las condiciones existentes. Cualquier acontecimiento les causaba excitación. Su concepto religioso era una extraña mezcla de respeto al ceremonial cristiano y de las creencias anímicas ancestrales. La actitud entre los sexos era de visible liberalismo, debido a lo cual pocos se preocupaban por la legalización eclesiástica de su convivencia matrimonial. La escasez material tuvo poca relación con su violencia, ya que los ponceños se vengaban más bien por saldar «cuentas personales» o celos por las faldas...

La vida de esta gente estaba centrada en dos cosas: el cultivo de cacao y la preocupación sexual. Su mentalidad no veía nada malo en aquel doble cumplimiento de las necesidades biológicas, pero no se tomaba en cuenta la creciente pobreza, que provenía de su prolífica procreación. Los velorios servían más bien para alegrarse con bebidas alcohólicas y canciones que para conmemorar a los difuntos, quienes, a veces, perdían su vida inútilmente. Sin preocupaciones metafísicas y con incompreensión moral, la vida de los negros ponceños carecía, empero, casi de hipocresía, que caracterizaba tanto a su patrón criollo y que es un rasgo de la moderna civilización urbana. El ambiente campestre con su encanto natural los hacía sentir espiritualmente libres, caprichosos y sensuales. Cumplían con sus obligaciones laborales o las evadían, pero nadie los castigaba por razón de indisciplina o soñolencia. Carecían de iniciativa y, por eso, su vida era sumamente difícil, pero su apego al conservadurismo costumbrista no les animaba a cambiarla. Conservaban, empero, mucha apacibilidad social.

La actitud de Sojo hacia los asuntos raciales es franca. No oculta la aversión negra hacia los criollos, dictada por el deseo de un trato más humano y menos hipócrita. Los casos de la mezcla racial entre los negros, blancos e indios en Pozo Frío parecen indicar allí la falta de racismo, por lo menos, abierto. Sojo cree en la armonía interracial, basada en la mutua comprensión de intereses, capaz de terminar con los prejuicios económicos dirigidos contra los negros. Intenta redimirlos, pero no idealizarlos. Por eso, los presenta tal como son y actúan.

*Nochebuena negra* no es una novela convencional, porque la unidad narrativa se rompe a menudo, pero posee la unidad ambiental. Su virtud estriba en la espontaneidad descriptiva, el lirismo y en la utilización del idioma hablado. Su idioma está ricamente entretejido con léxico afrovenezolano. Los defectos de composición y gramática parecen compensar la fres-

cura de retratar «una galería de tipos humanos que desfilan en la novela en su conjunto esbozado con precisión», dice Juan Liscano. Como autodidacta, Sojo logró un resultado notable.

Hay un parentesco ideológico entre *Nochebuena negra* y la novela *Tierra mojada* del colombiano Manuel Zapata Olivella. Se nota en la imparcialidad de presentación de los negros a través de sus altibajos idiosincráticos. Mas no en la composición, ya que la obra de Zapata es artísticamente superior a la de Sojo. *Tierra mojada* describe la dramática historia de un pequeño grupo de campesinos negros que se internan en los inhóspitos pantanos de la costa colombiana en busca de pan. Dicho grupo está encabezado por Gregorio Correa, despojado de su rancho por el gamonal negro Jesús Espitia. Las andanzas de Gregorio, en canoa, con su familia, a la que se juntan otros negros igualmente desposeídos de sus tierras, es una odisea moderna de pioneros. En las ciénagas malsanas del río Sinú, cerca del mar, todos tienen que enfrentarse con las calamidades físicas y humanas del trópico.

A su nueva comunidad la llaman Los Secos. Entre las comunidades vecinas, es notable la de San Bernardo, donde había una escuela rural y vivía el despreciado gamonal Espitia. La vida de los sequeños era difícil, porque tenían que buscar los alimentos de una manera ingeniosa, más debajo del agua que en sus tierras mojadas. Se sostenían de la pesca e incluso empezaron el cultivo de arroz, que estaba no raras veces obstaculizado por inundaciones. Esta relativa independencia de los sequeños causó ira en Espitia, quien, mediante trucos políticos, consiguió el título de propiedad de Los Secos. Intentó incautarles la cosecha de arroz. Felizmente ellos la recogieron bajo la sombra de la noche y se mudaron más al norte. Espitia, al llegar a Los Secos, no halló nada; tampoco pudo entender cómo en tan peligrosos pantanos podía vivir la gente. «Son cosas de brujo» —alguien le explicó.

Espitia era el hacendado más rico de la comarca, lo que le hizo a la vez un poderoso cacique político. A los peones que trabajaban en sus extensos arrozales pagaba salarios miserables, lo cual causaba hacia él mucho resentimiento. Cuando el maestro rural Marco Olivares de San Bernardo organizó la Liga Campesina, cuyo propósito fue alzar los jornales, el furioso latifundista negro enganchó con mejor paga a los peones de otros sitios. Espitia estaba casado con una viuda yanqui, que tuvo de su previo matrimonio un hijo rubio de nombre Mono. El padrastro lo despreciaba, favoreciendo a sus sobrinos negros. Pero como ninguno de ellos correspondiera a sus intereses, Espitia adoptó a Mono y le hizo su heredero. La conducta moral de ambos en la hacienda era poco decorosa, no pudiéndola ocultar ni aun con dinero. Un verdadero escándalo estalló cuando Mono ultraió

a una bella mulatita, María Teresa, que era concubina y después esposa del hijo de Correa, José Darío. El furibundo amante campesino, en compañía de sus amigos, quemó la hacienda de Espítia en venganza y mató a Mono; pero también perdió su propia vida.

Zapata intercala en su narración el egoísmo de otro gamonal negro, Rafael Castañeda, propietario de vastas coqueras en la costa. Castañeda, para proteger sus árboles de una enfermedad, mandó cierta vez quemar unas palmas. Aquel incendio devoró también un rancho vecino y sus cocoteros. Castañeda, al igual que Espítia, explotaba a sus peones, abusando ambos de las mujeres de ellos. El incendio se tornó, pues, en odio acumulado contra aquel «rey de cocos» de parte de sus empobrecidos labradores. Uno de ellos, cuya pariente fue violada por Castañeda, lo mató a cuchillo. Ambos gamonales eran avaros, ambiciosos y de poco sentimiento humano. Por eso, desataron la violencia dentro de su propio grupo racial, con resultados funestos. La narración de Zapata está llena de semejantes acontecimientos trágicos. En *Tierra mojada* no faltan, sin embargo, escenas de fiestas con su riqueza folklórica afrocolombiana, tampoco las líricas descripciones del sombrío paisaje costeño que, a menudo, se confunde con los tristes tipos humanos.

Zapata, aparte de ser novelista y médico, es también un agudo observador sociológico. Nota muchos rasgos idiosincráticos de los negros, que explican los móviles de su actuación. Algunos que se desprenden de la obra son los siguientes: la falta de preocupación por el futuro, aun cuando haya un intenso interés por las necesidades materiales del presente; los lazos de fraternidad entablados en la pobreza contribuyen a la unidad comunitaria; la laxitud moral; la satisfacción con lo poco que se consigue a cambio de muchos sacrificios; el gozo de la música y baile que transponen al individuo en una especie de trance; la paciencia del hombre injuriado que reacciona sólo en casos de excitación; la pasividad colectiva, paralela al descuido de los asuntos que requieren previsión; el desprecio hacia la educación por parte de los humildes, quienes temen que un negro educado se aleje de su familia y ambiente, lo cual no contradice el respeto que se tiene para un letrado que defiende la causa común; la apacibilidad de trato; la falta de conciencia social; el temor de lo desconocido que favorece la creencia en lo mágico y la superstición sobre los misterios de la naturaleza; y la preferencia de aceptar los infortunios calladamente y con resignación, lo cual linda con el estoicismo.

La defensa de los negros por Zapata es viril, pero el autor no oculta las flaquezas que demoran u obstaculizan su unión racial. Así, no duda en culpar a un cura criollo por el fanatismo religioso negro, mientras que

alaba la comprensión comunitaria desplegada por un propietario zambo. Las menciones sobre otros grupos étnicos, con la excepción del criollo Mono, son relativamente escasas, porque el espectro novelístico se centra principalmente en el ambiente negro. El análisis de la raza negra de Zapata parece como si fuera un examen clínico disfrazado en forma literaria, lo cual presta mucha veracidad a los hechos narrados en *Tierra mojada*. Eso aventaja a Zapata en comparación, por ejemplo, con *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría, quien a través de su gran talento parece idealizar demasiado a los indios peruanos. El estilo de Zapata es robusto y castizo. Sus recursos lingüísticos son ricos e interpolados con el léxico afrocolombiano.

Hemos escogido estas tres novelas negristas para nuestra discusión por varias razones. La principal es que son las primeras obras de Ortiz, Sojo y Zapata y, por eso, llevan un sello de espontaneidad y de frescura literaria. También de franqueza ideológica, que, por regla, en tales casos es más evidente que en las obras posteriores. Así, pudimos tratarlas desde el punto de vista de su autenticidad más acusada. Las tres son novelas realistas, aun cuando se perfila en ellas también lo mágico, lo romántico y lo irracional, elementos que les dan un cierto toque surrealista. Dichas novelas son regionales. Según su temática ambiental, las obras de Ortiz y Zapata son novelas «costeñas», ya que describen a los negros que viven en las costas tropicales del Ecuador y Colombia, respectivamente. La narración de Sojo es una novela del «interior» tropical de Venezuela.

Por haberse expuesto en ellas la miseria del sector negro y sus frecuentes luchas con otros estratos de la población sudamericana, dichas obras llevan la bandera de protesta social. Con la excepción de Sojo, los otros autores sutilmente introducen, en ocasiones, el tono antiyanqui. Es sorprendente, sin embargo, que en dicha narrativa haya pocas menciones sobre los mestizos, en cuyos países vive la población negrohispanoamericana. ¿A qué se debe tal omisión? Las obras discutidas muestran la habilidad cuantitativa de los autores más bien que la destreza novelística. Con todo, son narraciones que no ceden a muchas obras de ficción sudamericana. Al contrario, hallamos en ellas no pocas páginas brillantes de penetración psicológica y social, que hacen gala del talento literario de sus autores.

EDMUND STEPHEN URBANSKI  
Howard University  
Washington, D.C.